



Seix Barral

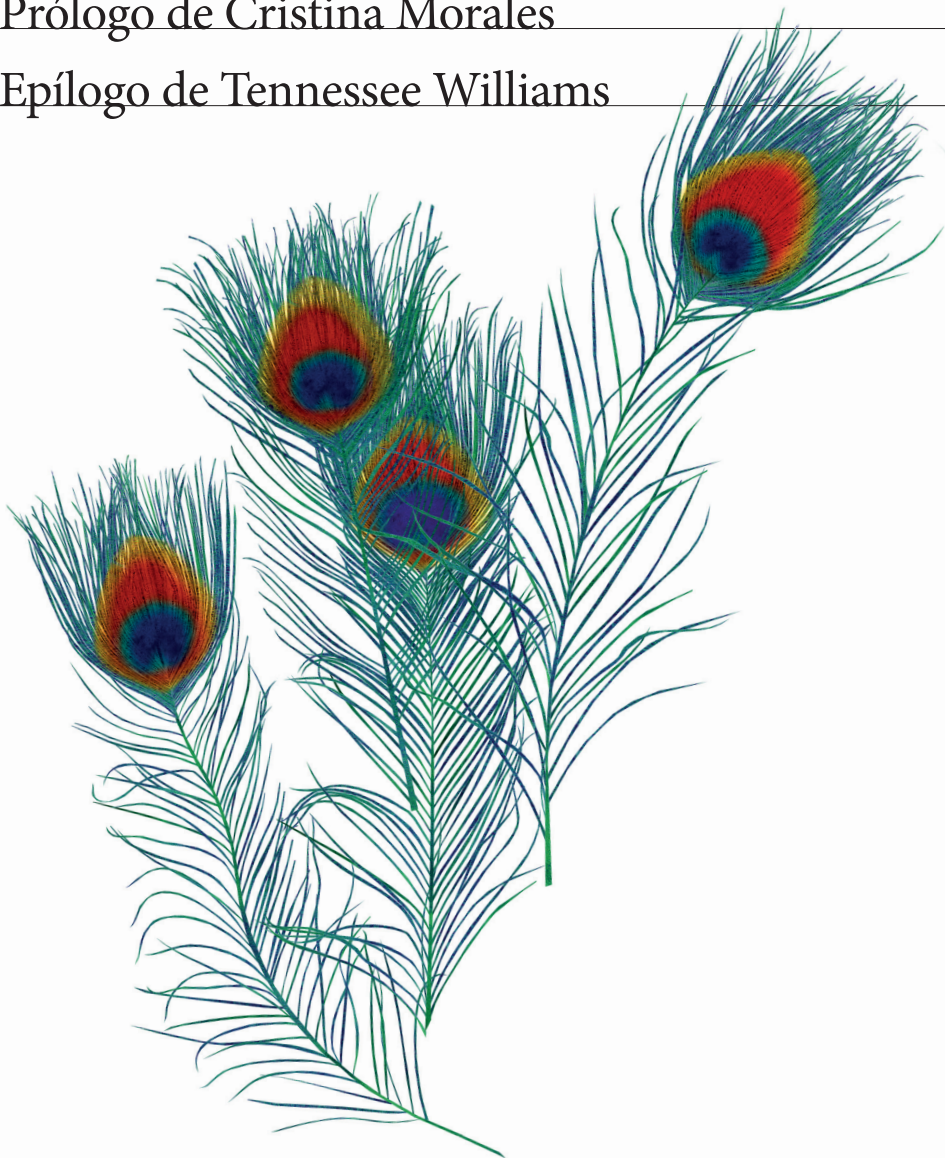


Carson McCullers

Reflejos en un ojo dorado

Prólogo de Cristina Morales

Epílogo de Tennessee Williams





Seix Barral Biblioteca Formentor

Carson McCullers

Reflejos en un ojo dorado

Prólogo de Cristina Morales

Epílogo de Tennessee Williams

Traducción del inglés por

María Campuzano

Título original: *Reflections in a Golden Eye*

© The Estate of Carson McCullers, 1941

© por la traducción, María Campuzano, 1958

© por el prólogo, Cristina Morales, 2017

© por el epílogo, Tennessee Williams, 1971

© por la traducción del epílogo, Íñigo F. Lomana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-322-2993-0

Depósito legal: B. 24.100-2016

Composición: Àtona – Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

9	<i>Carson McCullers, cabeza nuclear</i>
15	<i>I. Un puesto militar...</i>
31	<i>II. A la mañana siguiente...</i>
63	<i>III. Alison Langdon...</i>
97	<i>IV. En un puesto del ejército...</i>
127	<i>Epílogo. Acerca de este libro</i>

I

Un puesto militar en tiempo de paz es un lugar monótono. Pueden ocurrir algunas cosas, pero se repiten una y otra vez. El mismo plano de un campamento contribuye a dar una impresión de monotonía. Cuarteles enormes de cemento, filas de casitas de los oficiales, cuidadas e idénticas, el gimnasio, la capilla, el campo de golf, las piscinas... todo está proyectado ciñéndose a un patrón más bien rígido. Pero quizá sean las causas principales del tedio de un puesto militar el aislamiento y un exceso de ocio y seguridad; ya que si un hombre entra en el ejército sólo se espera de él que siga los talones que le preceden.

Y a veces pasan también en una guarnición ciertas cosas que no deben volver a ocurrir. Hay en el Sur un fuerte donde, hace pocos años, se cometió un asesinato. Los participantes en esta tragedia fueron: dos oficiales, un soldado, dos mujeres, un filipino y un caballo.

El soldado de este lance se llama Ellgee Williams. Se le veía a menudo al caer la tarde, sentado, solo, en uno de los bancos que bordeaban el paseo con los cuarteles. Era un lugar agradable, con dos largas hileras de arces jóvenes que cubrían el césped y el paseo de sombras frescas, delicadas, movidas por el viento.

En primavera, las hojas de los árboles eran de un verde luminoso que, al llegar los meses de calor, tomaban un matiz más oscuro, sosegado. Al final del otoño eran de un oro encendido. Allí solía sentarse el soldado Williams esperando la llamada al rancho de la tarde. Era un soldado joven y silencioso, y en el cuartel no tenía amigos ni enemigos. A su cara redonda y curtida por el sol asomaba cierto aire de vigilante inocencia. Sus labios eran llenos y rojos, y los mechones de su pelo caían castaños y lacios sobre su frente. En sus ojos, que tenían una singular mezcla de tonos castaños y ambarinos, había una expresión muda que suele encontrarse en los ojos de los animales.

A primera vista, el soldado Williams parecía un tanto macizo y torpe; pero esta impresión era falsa: se movía con el silencio y la agilidad de una criatura salvaje o de un ladrón. Muchas veces, un soldado que creía estar solo se sobresaltaba al verle aparecer a su lado como si surgiera de la nada. Tenía manos pequeñas, de huesos delicados y muy fuertes.

El soldado Williams no fumaba, ni bebía, ni iba con mujeres, ni jugaba. En el cuartel acostumbraba estar solo, y los demás hombres le consideraban como algo misterioso. El soldado Williams pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el bosque que rodeaba el campamento. La zona acotada, de unos cuarenta kilómetros cuadrados, era un terreno agreste, sin roturar. Había allí gigantescos pinos silvestres, muchas variedades de flores y hasta animales esquivos como ciervos, jabalíes y zorros. El soldado Williams no practicaba ninguno de los deportes que se ofrecían a la tropa, fuera de la equitación. Nadie le había visto nunca en el gimnasio ni en la piscina; tampoco le habían visto reír o enfadarse o sufrir de un modo o de otro. Hacía tres comidas sanas y abundantes al día y nunca se quejaba del rancho, como los otros soldados. Dormía en una sala donde había

dos largas filas con unas tres docenas de catres. No era un dormitorio silencioso: por las noches, al apagarse las luces, se oían ronquidos, blasfemias y los gritos ahogados de las pesadillas. Pero el soldado Williams descansaba tranquilamente; tan sólo llegaba a veces de su catre el crujido furtivo de papeles de caramelos.

Cuando el soldado Williams llevaba dos años en el ejército fue enviado un día al alojamiento de cierto capitán Penderton. La cosa ocurrió así: durante los últimos seis meses el soldado Williams había estado destinado a las cuadras porque tenía muy buena mano para los caballos. El capitán Penderton telefoneó un día al brigada y por casualidad, ya que muchos caballos habían salido de maniobras y había poco trabajo en las cuadras, escogieron al soldado Williams para aquella faena. Era un trabajo sencillo: el capitán Penderton quería que talasen una parte pequeña del bosque detrás de su casa para dar fiestas al aire libre una vez se instalase una parrilla. Esta tarea vendría a ocupar toda la jornada.

El soldado Williams se puso al trabajo hacia las siete y media de la mañana. Era un día suave y soleado de octubre. El soldado sabía ya dónde vivía el capitán, porque había pasado muchas veces delante de su casa cuando iba a pasear al bosque. También conocía de vista al capitán; en realidad, una vez le había ofendido involuntariamente: hacía año y medio que el soldado Williams había servido unas semanas como ordenanza del teniente que estaba al mando de su compañía. Una tarde el teniente recibió la visita del capitán Penderton, y mientras les servía a la mesa, el soldado Williams había dejado caer una taza de café sobre el pantalón del capitán. Y además, ahora le veía con frecuencia en las cuadras, y tenía a su cargo el caballo de la mujer del capitán, un caballo entero, alazán, que era, con mucho, el caballo más hermoso del puesto.

El capitán vivía en el extremo del campamento. Su casa, un edificio revocado de dos pisos y ocho habitaciones, era idéntica a las otras casas de la calle, y sólo se distinguía por ser la última de la fila. Por dos de los lados, el jardín se unía al bosque del puesto. A la derecha, el capitán tenía como único vecino al comandante Morris Langdon. Las casas de esta calle daban sobre una pradera amplia y llana, que hasta hacía poco tiempo había servido de campo de polo.

Cuando llegó el soldado Williams, el capitán salió para explicarle con detalle lo que quería que hiciera. Había que limpiar el terreno de carrascas y zarzas, y cortar de los árboles grandes las ramas que estuvieran a menos de un metro ochenta de altura. El capitán señaló, como límite del terreno que había que despejar, un roble grande y viejo que estaba a unos veinte metros de la casa. El capitán llevaba una sortija de oro en una de sus manos blancas y fofas. Aquella mañana iba vestido con pantalón corto de color caqui, que le llegaba a las rodillas, calcetines altos de lana y chaqueta de ante. Su cara era afilada y tensa. Tenía el pelo negro y los ojos de un azul vidrioso. El capitán no mostró reconocer al soldado Williams y le dio las órdenes de un modo nervioso, puntilloso. Dijo al soldado Williams que quería que el trabajo estuviera terminado aquel día y que volvería a última hora de la tarde.

El soldado trabajó sin parar toda la mañana. A mediodía fue al comedor para el rancho y hacia las cuatro había terminado su faena. Incluso había hecho más de lo que el capitán ordenara. El roble grande que marcaba el límite tenía una forma poco corriente: las ramas del lado de la pradera eran bastante altas como para dejar paso, mientras que las del lado opuesto caían suavemente hasta el suelo. El soldado, con gran trabajo, había cortado aquellas ramas colgantes. Entonces, cuando terminó del todo, se apoyó en el

tronco de un pino, esperando. Parecía estar en paz consigo mismo y muy satisfecho de poder esperar allí eternamente.

—Eh, ¿qué haces aquí? —le preguntó una voz de pronto.

El soldado había visto a la mujer del capitán salir de la puerta posterior de la casa y caminar hacia él atravesando la pradera. La vio, pero la mujer no había penetrado en la oscura esfera de su conciencia hasta que le habló.

—Acabo de bajar a las cuadras —dijo la señora Penderton—. Han coceado a mi *Firebird*.

—Sí, señora —respondió el soldado vagamente. Esperó un momento para digerir el sentido de sus palabras—. ¿Cómo ha sido? —preguntó luego.

—Yo qué sé. Puede que haya sido una condenada mula o que lo hayan dejado entrar con las yeguas. Me sacó de quicio y pregunté por ti.

La mujer del capitán se echó en una hamaca que estaba colgada entre dos árboles al borde del prado. Incluso con la ropa que llevaba en aquel momento (botas, pantalones de montar sucios y muy gastados en las rodillas y un jersey gris) era una mujer hermosa. Su rostro tenía la incierta placidez de un rostro de Madonna, y llevaba el pelo castaño y liso recogido en un moño sobre la nuca. Mientras estaba allí descansando salió la criada, una negra joven, llevando una bandeja con una botella de whisky, un vaso grande y agua. La señora Penderton no hacía remilgos al alcohol; se bebió dos vasos de whisky seguidos y luego un trago de agua fría. No volvió a hablar al soldado y él no le hizo más preguntas a propósito del caballo, ni pareció darse cuenta de la presencia de la mujer; estaba otra vez apoyado en su pino, mirando fijamente al espacio.

El último sol del otoño cubría con una neblina luminosa la hierba húmeda del prado y en el bosque se abría paso por los lugares donde la hojarasca ya no era tan densa y dibujaba violentas manchas de oro en el suelo.

Luego, de pronto, el sol se puso. El aire se estremeció, y empezó a soplar una brisa ligera y pura. Era la hora de la retreta. Llegó desde lejos el sonido de la corneta, aclarado por la distancia, y resonó en el bosque con un tono hueco, perdido. Pronto sería de noche.

En aquel momento volvió el capitán Penderton. Detuvo su coche delante de la casa, y cruzó inmediatamente la pradera para ver cómo había sido hecho el trabajo. Dio las buenas tardes a su mujer y devolvió rápidamente el saludo del soldado, que ahora se erguía ante él sin demasiada atención. El capitán miró el terreno talado. De pronto chasqueó los dedos y sus labios se apretaron en una mueca de desprecio. Volvió hacia el soldado sus claros ojos azules, y dijo con mucha calma:

—Soldado, lo importante era precisamente el roble grande.

El soldado escuchó este comentario en silencio. No se alteró la expresión de su cara redonda y seria.

—Las instrucciones eran limpiar el terreno sólo hasta el roble —siguió diciendo el oficial, con voz más alta. Se dirigió envaradamente al árbol en cuestión y señaló las ramas cortadas—. La gracia estaba precisamente en estas ramas, que caían formando un fondo que aislaba el resto del bosque. Ahora está todo echado a perder. —La agitación del capitán parecía excesiva con relación al desaguisado. Allí de pie, solo en el bosque, resultaba un hombre pequeño.

—¿Qué quiere que haga, mi capitán? —preguntó el soldado tras una larga pausa.

La señora Penderton se echó a reír de pronto y bajó un pie para mecer la hamaca.

—Tu capitán quiere que recojas las ramas y las vuelvas a coser al árbol.

Su marido no estaba dispuesto a bromear.

—Venga aquí —ordenó al soldado—. Traiga hojas y extiéndalas por el suelo para cubrir las calvas de las matas

arrancadas. Luego puede marcharse. —Dio una propina al soldado y entró en la casa.

El soldado Williams volvió lentamente al bosque en penumbra para coger hojas secas. La mujer del capitán se mecía y parecía a punto de dormirse. El cielo se llenó de luz pálida, de un amarillo frío.

El capitán Penderton no se sentía a gusto aquella tarde. Al entrar en la casa fue directamente a su despacho; era éste un cuarto pequeño, destinado en un principio a solana, y que daba al comedor. El capitán se instaló en su mesa de trabajo y abrió un cuaderno grande; extendió un mapa ante sí y sacó de un cajón su regla de cálculo. A pesar de estos preparativos, no consiguió concentrarse en el trabajo. Se inclinó sobre la mesa con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados.

Su inquietud se debía en parte a su disgusto con el soldado Williams. Se había irritado cuando vio que le enviaban precisamente a ese soldado. Tal vez no había más de doce reclutas en el puesto cuyas caras fueran familiares al capitán, que miraba a todos los soldados con un aburrido menosprecio. Para él, los oficiales y los soldados podían tener el mismo origen biológico, pero eran de especies muy diferentes. El capitán se acordaba muy bien del incidente del café derramado, que le había costado un traje nuevo y caro; era una pesada seda china y la mancha no se había quitado nunca del todo. (El capitán iba siempre de uniforme cuando estaba fuera del puesto, pero en las reuniones sociales con otros oficiales vestía de paisano con afectado descuido y en realidad era un dandy.)

Aparte de aquella ofensa, el soldado Williams se asociaba en la mente del capitán con las cuadras y con el caballo de su mujer, *Firebird*, asociación molesta. Y ahora la

pifia del roble venía a colmar la medida. Sentado a su mesa de trabajo, el capitán se permitió un breve y vengativo ensueño: imaginaba una fantástica situación en la que sorprendía al soldado faltando a alguna ordenanza, y él era el instrumento para someterle a un Consejo de Guerra. Esto le consoló un poco. Se sirvió una taza de té del termo que había en su mesa y se absorbió en otras preocupaciones.

El desasosiego del capitán tenía aquella tarde muchas causas. En algunos puntos, su personalidad no era una personalidad corriente. Estaba en una posición algo especial frente a los tres fundamentos de la existencia: la vida misma, el sexo y la muerte. Sexualmente, el capitán se hallaba en un punto de delicado equilibrio entre los elementos masculinos y femeninos, con las susceptibilidades de los dos sexos y ninguna de sus fuerzas activas. Para una persona que no le pide mucho a la vida, y que es capaz de concentrar sus pasiones dispersas y de entregarse a alguna obra impersonal, un arte o incluso alguna idea fija y limitada, como intentar la cuadratura del círculo, para una persona así, ese modo de ser es bastante soportable. El capitán tenía su trabajo y no le escatimaba esfuerzo; decían que se abría ante él una brillante carrera militar. Es posible que no hubiera sentido aquel fallo esencial, o aquella superfluidad, a no ser por su mujer. Pero con ella sufría. Tenía una triste tendencia a quedar fascinado por los amantes de su mujer.

En cuanto a los otros dos fundamentos de la existencia, su posición era bastante sencilla. En su oscilación entre los dos grandes instintos, entre la vida y la muerte, su balanza se inclinaba notablemente hacia un lado: hacia la muerte. Por eso el capitán era un cobarde.

El capitán Penderton era también algo así como un sabio. Durante sus jóvenes años de teniente, había tenido mucho tiempo para leer, ya que sus compañeros del pabe-

llón de solteros procuraban evitar su cuarto o visitarle en parejas o en grupos. Tenía la cabeza llena de estadísticas y de datos de una exactitud pedante. Por ejemplo, podía describir con todo detalle el curioso aparato digestivo de un cangrejo o la biografía de un trilobites. Hablaba y escribía con soltura tres idiomas, sabía algo de astronomía y había leído mucha poesía. Pero a pesar de sus muchos conocimientos sueltos, el capitán no había tenido en su vida una auténtica idea en la cabeza, por cuanto la formación de una idea requiere la fusión de dos o más datos conocidos, y los ánimos del capitán no llegaban a tanto.

Aquel atardecer, mientras estaba sentado solo en su despacho sin poder trabajar, no se puso a analizar sus sentimientos. Pensó de nuevo en el rostro del soldado Williams. Entonces recordó que sus vecinos los Langdon cenaban con ellos aquella noche. El comandante Morris Langdon era el amante de su mujer, pero el capitán no se paró a meditar sobre ello. En cambio, de pronto recordó una noche ya lejana, poco después de su boda. Aquella noche había sentido esta misma amarga inquietud y había podido desahogarse de una manera furiosa: fue con su coche a una ciudad cercana al puesto en el que estaba destinado entonces, estacionó su vehículo y caminó mucho tiempo por las calles. Era una noche del final de invierno. Durante aquel paseo sin rumbo, el capitán vio un gatito acurrucado en un portal; el animalito se había refugiado allí buscando calor y cuando el capitán se inclinó sobre él oyó que estaba ronroneando. Cogió al gatito y lo sintió vibrar en su mano. Estuvo un buen rato contemplando aquella carita suave y graciosa, y acariciando la tibia piel del animal, que apenas había alcanzado la edad de poder abrir del todo sus claros ojos verdes. Por fin el capitán se llevó el gatito consigo, calle abajo. En la esquina había un buzón de correos, y, después de mirar rápidamente a su alrededor, el

capitán abrió la fría ranura de las cartas y estrujó el gatito hasta hacerlo caer dentro del buzón. Después siguió su camino.

El capitán oyó un portazo en la entrada posterior y salió del despacho. En la cocina, su mujer estaba sentada sobre una mesa, mientras Susie, la criada negra, le quitaba las botas. La señora Penderton no era una sureña pura; había nacido y crecido en el ejército, y su padre, que un año antes de su retiro había alcanzado el grado de general de brigada, procedía de la costa del Oeste. Pero su madre había sido de Carolina del Sur, y la mujer del capitán era bastante meridional en sus costumbres. El fogón de su casa no tenía una costra de generaciones de porquería, como había tenido el de su abuela, pero tampoco se podía decir que estuviera limpio. La señora Penderton se aferraba también a muchas otras ideas del Sur, como creer que los pastelillos o el pan no se pueden comer si no se han amasado sobre una mesa de mármol. Por esta razón, una vez que destinaron al capitán al cuartel de Schofield, había cargado con la mesa en la que se sentaba ahora todo el camino hasta Hawaii, y viceversa. Si la mujer del capitán se encontraba por casualidad un pelo negro y crespo en el plato, lo quitaba con su servilleta y seguía disfrutando de la comida sin pestañear.

—Susie —decía la señora Penderton en aquel momento—, ¿la gente tiene mollejas como los pollos?

El capitán estaba de pie en el umbral y ni su mujer ni la criada se dieron cuenta de su presencia. Cuando se libró de las botas, la señora Penderton correteó descalza por la cocina. Sacó del horno un jamón y lo cubrió con azúcar moreno y migas. Se sirvió otro whisky, esta vez sólo medio vaso, y en un repentino exceso de vigor inició un baileto desenfadado. Al capitán le irritaba su mujer enormemente, y ella lo sabía.

—Por el amor de Dios, Leonora, sube y cázate.

Por toda respuesta, la señora Penderton tarareó una cancioncilla atrevida y pasó al cuarto de estar. Su marido la siguió.

—Pareces una sucia, andando así por la casa.

En la chimenea había unos troncos y la señora Penderton se inclinó a encenderlos. Su rostro dulce y suave estaba arrebolado y le caían gotitas de sudor por el labio de arriba.

—Los Langdon llegarán de un momento a otro. ¿Es que vas a sentarte a cenar así?

—Claro —dijo ella—. ¿Y por qué no, viejo cocinero? El capitán dijo en un tono frío, tenso:

—Me das asco.

La respuesta de la señora Penderton fue una carcajada a la vez suave y salvaje, como si le acabaran de contar un chiste escandaloso, largo tiempo esperado, o como si se le hubiera ocurrido alguna broma secreta. Se quitó el jersey, hizo una bola con él y lo arrojó a un rincón. Luego, con toda intención, fue desabrochándose el pantalón de montar y se lo quitó. En un momento se quedó desnuda junto a la chimenea. Su cuerpo resultaba magnífico frente al fulgor dorado y naranja del fuego. Sus hombros eran tan rectos, que las clavículas formaban una línea preciosa y pura. Entre sus pechos redondos había venas azules y delicadas. Pronto alcanzaría su cuerpo la plenitud de una rosa de sueltos pétalos, pero ahora la suave redondez estaba sujeta y disciplinada por el deporte. Aunque permanecía allí de pie muy quieta y plácidamente, había en todo su cuerpo una vibración sutil, como si al tocar su carne rubia se pudiera llegar a sentir el lento y vivo fluir de su sangre lozana.

Mientras el capitán la miraba con la atónita indignación de un hombre abofeteado, ella atravesó serenamente el vestíbulo dirigiéndose a la escalera. La puerta principal

estaba abierta y de la oscuridad exterior sopló una ráfaga de viento que movió un mechón suelto de su pelo bronceado.

Estaba a mitad de la escalera cuando el capitán se recobró de la impresión. Entonces corrió temblando detrás de ella.

—¡Te mataré! —dijo con voz ahogada—. ¡Te mataré, te mataré!

Se agazapó con la mano en la barandilla y un pie en el segundo escalón, como si estuviera a punto de saltar sobre ella.

La mujer se volvía despacio y le miró con indiferencia desde lo alto durante un momento. Luego dijo:

—Escucha, ¿a ti no te ha acogotado nunca una mujer desnuda, ni te ha sacado a la calle a trompazos, ni te ha doblado a palos?

El capitán no se movió hasta que ella desapareció arriba. Después escondió la cabeza en el brazo y se apoyó con todo su cuerpo contra la barandilla. De su garganta salió un sonido ronco como un sollozo, pero en su cara no había lágrimas. Al cabo de un tiempo se irguió y se secó el cuello con el pañuelo.

Sólo entonces se dio cuenta de que la puerta principal estaba abierta, todas las luces de la casa encendidas y las persianas levantadas. Sintió como si fuera a darle un mareo. Podía haber pasado cualquiera por la calle oscura. Pensó en el soldado que había dejado hacía poco tiempo en la linde del bosque; hasta el soldado podía haber visto lo ocurrido. El capitán miró a su alrededor con ojos espantados. Luego entró en su despacho, donde guardaba una botella de coñac viejo y fuerte.

Leonora Penderton no temía a los hombres, ni a los animales, ni al diablo. A Dios no le había conocido nunca. Si oía el nombre del Señor, se acordaba de su padre, que algunas tardes de domingo leía la Biblia. Dos cosas de aquel libro recordaba con claridad: una, que Jesús había sido crucificado en un sitio llamado Monte Calvario; la otra, que en alguna ocasión había tenido la ocurrencia de montar en una burra.

Al cabo de cinco minutos, Leonora Penderton había olvidado la escena con su marido. Soltó el agua del baño y sacó la ropa para la cena. Leonora Penderton era el blanco de las murmuraciones de las damas del puesto. Según ellas, todo el pasado y el presente de la mujer del capitán consistía en una variada colección de aventuras amorosas. Pero la mayor parte de las cosas que contaban aquellas damas era pura conjetura y habladería, ya que Leonora Penderton era enemiga de complicaciones y de cambios. Cuando se casó con el capitán era virgen. Cuatro noches después de su boda seguía siendo virgen, y a la quinta noche su estado cambió apenas lo suficiente para dejarla intrigada. El resto sería difícil de contar.

Ella habría llevado probablemente la cuenta de sus asuntos amorosos según un sistema propio, concediendo sólo medio punto al viejo coronel de Leavenworth, y adjudicando varios tantos al tenientillo de Hawai. Pero desde hacía dos años no contaba más que el comandante Morris Langdon. Con él estaba satisfecha.

Leonora Penderton tenía en el campamento fama de buena ama de casa, de excelente deportista y hasta de gran señora. Había sin embargo algo en ella que desorientaba a sus amigos y conocidos: percibían en su personalidad un elemento que no acertaban a definir. La verdad es que la mujer del capitán era un poco débil mental.

Este lamentable hecho no se revelaba en las reuniones,

ni en las cuadras, ni en sus cenas. Sólo tres personas lo habían sabido comprender: su anciano padre, el general, que vivió en continua zozobra hasta que por fin la vio casada; su marido, que consideraba la imbecilidad como condición natural de toda mujer de cuarenta años; y el comandante Morris Langdon, que la amaba precisamente por ello. Leonora Penderton no hubiera sido capaz de multiplicar doce por trece ni en el poste del tormento. Si alguna vez se veía en la absoluta precisión de escribir una carta —por ejemplo, dando las gracias a su tío por haberle mandado un cheque en su cumpleaños, o unas líneas para encargar unas bridas nuevas—, la redacción de aquellos renglones le resultaba una empresa abrumadora. Se encerraban Susie y ella en la cocina con un recogimiento de intelectuales, se sentaban a una mesa abundantemente provista de papeles y lápices muy afilados, y, cuando por fin habían terminado de redactar y copiar el último borrador, estaban las dos exhaustas y verdaderamente necesitadas de un trago sedante y reparador.

Leonora Penderton disfrutó aquella noche en su baño. Después se vistió despacio con la ropa que había preparado sobre la cama: una sencilla falda gris y un suéter de angora azul. Se puso pendientes de perlas y bajó otra vez a las siete. Sus invitados estaban ya esperándola.

Leonora y el comandante encontraron excelente la comida. Primero había una sopa ligera; a continuación el jamón con unas nabizas muy jugosas, y batatas en almíbar, que parecían de ámbar transparente bajo las luces. Había también pastelillos y bollitos calientes. Susie pasó las fuentes sólo una vez y las dejó luego sobre la mesa entre el comandante y Leonora, pues los dos eran grandes comilones. El comandante apoyaba un codo sobre la mesa, y se veía que se encontraba como en su casa. Su rostro bronceado tenía una expresión adormilada, jovial y amistosa; era muy

popular, tanto entre los oficiales como entre la tropa. Durante la cena no se habló mucho, excepto para comentar el accidente de *Firebird*. La señora Langdon apenas probó la comida. Era una mujercita frágil, morena, de nariz larga y boca sensible. Estaba muy enferma y su aspecto lo dejaba ver a las claras. Su enfermedad no era sólo física, sino que las penas y la angustia la habían atormentado hasta tal punto que ahora se hallaba casi al borde de la locura.

El capitán Penderton se sentaba a la mesa muy rígido, con los codos pegados a los costados. Felicitó efusivamente al comandante por una medalla que le habían concedido, y varias veces en el curso de la cena golpeó suavemente con un dedo su copa de agua y se quedó escuchando el claro sonido vibrante. La cena terminó con un postre caliente de empanadillas de frutas. Entonces pasaron los cuatro al cuarto de estar para acabar la velada jugando a las cartas y conversando.

—Querida, eres una cocinera estupenda —dijo el comandante con toda llaneza.

Durante la cena, no habían estado los cuatro solos. En la húmeda penumbra exterior había un hombre que, pegado a la ventana, les observaba en silencio. Un limpio olor a pinos llegaba a través del aire frío de la noche. El viento cantaba en el bosque cercano. El cielo lucía de estrellas heladas. El hombre que les observaba estaba tan cerca de la ventana que su aliento empañaba el frío cristal.

El soldado Williams había visto efectivamente a la señora Penderton cuando se alejó de la chimenea y subió a bañarse. Y era la primera vez que aquel muchacho veía una mujer desnuda. Se había criado en un hogar de hombres solos, y su padre, que explotaba una granja pequeña con una sola mula y predicaba los domingos en un templo no conformista, le había enseñado que las mujeres llevaban en su cuerpo una enfermedad maligna y contagiosa que deja-

ba a los hombres ciegos, lisiados y condenados al infierno. También en el ejército había oído hablar mucho de aquella temible enfermedad, y, como los demás, iba todos los meses a que el médico le reconociera para ver si había tocado a alguna mujer. El soldado Williams no había tocado, ni mirado, ni hablado deliberadamente a una mujer desde los ocho años.

Se le había hecho tarde cogiendo brazadas de hojas húmedas y podridas allá en el bosque. Cuando por fin terminó su tarea, había cruzado el prado del capitán para ir al rancho y miró casualmente al vestíbulo brillantemente iluminado. Y desde aquel momento no había podido apartarse de allí. Estaba inmóvil en la noche silenciosa, con los brazos caídos a los lados del cuerpo. Cuando trincharon el jamón en la cena, tragó saliva penosamente; pero mantuvo su mirada grave y profunda sobre la mujer del capitán. Su experiencia no había alterado la expresión de su rostro inmóvil, pero de vez en cuando entornaba sus ojos dorados, como si estuviera fraguándose en su interior un proyecto astuto. Cuando la mujer del capitán abandonó el comedor, el soldado permaneció algún tiempo junto a la ventana. Después se alejó muy lentamente. La luz que brillaba a su espalda recortaba sobre el césped la sombra larga y estrecha de su cuerpo. El soldado caminaba como un hombre agobiado por un sueño sombrío, y sus pasos eran silenciosos.